



¡Ven y

sigueme!

Hora Santa Vocacional
Jueves 03 de Febrero

POR LAS VOCACIONES SACERDOTALES Y RELIGIOSAS

I. Exposición del Santísimo

Aún en la tormenta
aún cuando arrecia el mar
te Alabo, Te Alabo en
Verdad.

Aún lejos de los míos
aún en mi soledad
te alabo, te alabo en verdad.

Pues sólo a Ti te tengo
Señor
pues tu eres mi heredad
te alabo, te alabo en verdad.

Canto: Te alabo
(Cristobal Fones)



aún en la tormenta
aun cuando arrecia el mar
te alabo, te alabo en verdad

Aún sin muchas palabras
aún si no sé alabar
te alabo, te alabo en
verdad...

Invocación:

V/. Bendito, alabado y adorado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar

R/. Sea para siempre bendito y alabado (3)

Presidente: Señor, Tú que te haces presente en el Santísimo Sacramento del Altar te alabamos por Tu infinito Amor que nos ha salvado, estamos delante Tuyo, para rendirte honor y alabanzas en este mes de la Vida Consagrada.

Imploramos tu divina presencia en nosotros que se hace presente por medio del Espíritu Santo, para que en esta Hora Santa podamos unirnos a ti y recibas desde nuestra humilde oración la súplica que te presentamos por el aumento de las vocaciones a nuestra Iglesia, por todos los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, integrantes de los institutos seculares, laicos comprometidos de nuestra Iglesia.

Puestos ante tu presencia amorosa pedimos también la intercesión de la Virgen María, Madre de Dios. A Ella que es perfecta discípula, nos acogemos para que nos enseñe a escucharte y a poner por obra la invitación que nos haces desde la Palabra.

Amén.



II. Proclamación de la Palabra

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas 2, 22-40

Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, cómo está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor.

Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidado por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción - ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! - a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.»

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.

Palabra del Señor

Meditación



Favorecemos un tiempo de silencio para interiorizar el contenido del texto bíblico.



Hoy ante nuestra mirada se presenta un hecho sencillo, humilde y grande: Jesús es llevado por María y José al templo de Jerusalén. Es un niño como muchos, como todos, pero es único: es el Unigénito venido para todos. Este Niño nos ha traído la misericordia y la ternura de Dios: Jesús es el rostro de la Misericordia del Padre.

A la fiesta de la Presentación del Señor, se la llama fiesta del encuentro. En efecto, en el Evangelio que ha sido proclamado, vemos diversos encuentros (cf. Lc 2, 22-40). En el templo Jesús viene a nuestro encuentro y nosotros vamos a su encuentro. Contemplamos el encuentro con el viejo Simeón, que representa la espera fiel de Israel y el júbilo del corazón por el cumplimiento de las antiguas promesas. Admiramos también el encuentro con la anciana profetisa Ana, que, al ver al Niño, exulta de alegría y alaba a Dios. Simeón y Ana son la espera y la profecía, Jesús es la novedad y el cumplimiento: Él se nos presenta como la perenne sorpresa de Dios; en este Niño nacido para todos se encuentran el pasado, hecho de memoria y de promesa, y el futuro, lleno de esperanza.

En silencio reflexionemos:

¿Qué sacerdotes y/o religiosos(as) me han ayudado al encuentro con la persona de Cristo?



Meditación

En esto podemos ver el inicio de la vida consagrada. Los consagrados y las consagradas están llamados sobre todo a ser hombres y mujeres del encuentro. De hecho, la vocación no está motivada por un proyecto nuestro pensado «con cálculo», sino por una gracia del Señor que nos alcanza, a través de un encuentro que cambia la vida. Quien encuentra verdaderamente a Jesús no puede quedarse igual que antes. Él es la novedad que hace nuevas todas las cosas. Quien vive este encuentro se convierte en testigo y hace posible el encuentro para los demás; y también se hace promotor de la cultura del encuentro, evitando la autorreferencialidad que nos hace permanecer encerrados en nosotros mismos.

Los consagrados y las consagradas están llamados a ser signo concreto y profético de esta cercanía de Dios, de este compartir la condición de fragilidad, de pecado y de heridas del hombre de nuestro tiempo. Todas las formas de vida consagrada, cada una según sus características, están llamadas a estar en permanente estado de misión, compartiendo «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (Gaudium et spes, 1).

Oremos en silencio para que todos los consagrados sean signos concretos de consuelo y esperanza en medio de las heridas y sufrimientos de tantos hermanos.

El Evangelio nos dice también que «Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño» (v. 33). José y María custodian el estupor por este encuentro lleno de luz y de esperanza para todos los pueblos. Y también nosotros, como cristianos y como personas consagradas, somos custodios del estupor. Un estupor que pide ser renovado siempre; cuidado con la costumbre en la vida espiritual; cuidado con cristalizar nuestros carismas en una doctrina abstracta: los carismas de los fundadores — como he dicho otras veces— no son para sellar en una botella, no son piezas de museo. Nuestros fundadores han sido movidos por el Espíritu y no han tenido miedo de ensuciarse las manos con la vida cotidiana, con los problemas de la gente, recorriendo con coraje las periferias geográficas y existenciales. No se detuvieron ante los obstáculos y las incomprendiones de los demás, porque mantuvieron en el corazón el estupor por el encuentro con Cristo. No han domesticado la gracia del Evangelio; han tenido siempre en el corazón una sana inquietud por el Señor, un deseo vehemente de llevarlo a los demás, como han hecho María y José en el templo. También hoy nosotros estamos llamados a realizar elecciones proféticas y valientes.

Finalmente, de la fiesta de hoy aprendemos a vivir la gratitud por el encuentro con Jesús y por el don de la vocación a la vida consagrada. Agradecer, acción de gracias: Eucaristía. Qué hermoso es encontrarse el rostro feliz de personas consagradas, quizás ya de avanzada edad como Simeón o Ana, felices y llenas de gratitud por la propia vocación.

Cómo signo de gratitud por la vida sacerdotal y religiosa

¿Cómo puedo animar en los niños y jóvenes de mi entorno para que respondan a la llamada de Dios a través de estados de vida?



Canto:

Dime como ser pan

Dime cómo ser pan,
Dime cómo ser pan,
Cómo ser alimento
Que sacia por dentro
Que trae la paz

Dime cómo ser pan
Dime cómo ser pan,
Dime cómo acercarme
A quien no tiene aliento
A quien cree que es cuento
El reír, el amar,

Dime cómo ser pan,
Dime cómo dejarme
Comer poco a poco
Entregándolo todo
Y llenándome más

Dime cómo ser pan,
Dime cómo ser pan,
Cómo ser para otros
En todo momento
Alimento y maná.
Dime cómo ser pan,
Dime cómo ser pan,
Cómo ser para otros
En todo momento
Alimento y maná

Tú que eres el pan de la vida
Tú que eres la luz y la paz
Tú que empapas la tierra
Cuando llueves el cielo
Dime cómo ser pan
Tú que haces de mí tu reflejo
Tú que abrazas mi debilidad
Tú que sacias mi hambre
Cuando vuelvo de lejos
Dime cómo ser pan (bis)

Dime cómo ser pan
Que cura la injusticia
Dime cómo ser pan
Que crea libertad



III. Oración de fieles

Presidente: Reunidos en esta Hora Santa, pidamos a Dios que llene a toda la humanidad con sus bendiciones y digamos juntos:

R/. Señor, Dueño de la mies, escúchanos

- Por el Papa Francisco y por nuestros obispos, para que el Señor les ilumine con su gracia y les fortalezca con su Espíritu, y así puedan cumplir su misión de guías y pastores.
- Por la Iglesia, para que fiel a su vocación misionera, extienda con su testimonio y su palabra el mensaje de Cristo a todos los pueblos.
- Por los sacerdotes, religiosos y personas consagradas, para que vivan con alegría su vocación de servicio a los demás.
- Por todas las vocaciones sacerdotales y religiosas, para que respondan gozosamente a la llamada que el Señor les hace y se preparen con ilusión a la misión que la Iglesia y la sociedad espera de ellos.
- Por la niñez y la juventud de nuestra Arquidiócesis de Bogotá, para que sepa dar sentido cristiano a tantos ideales que llenan su vida encuentre los cauces adecuados para realizarlos.
- Por todos los que nos encontramos aquí reunidos, para que en todos los momentos de nuestra vida estemos dispuestos a dar razón de nuestra vocación de hijos de Dios.

Presidente: Escucha, Dios de bondad, nuestras peticiones, y haz que cuantos hemos sido llamados por Cristo, estemos dispuestos a obrar siempre su voluntad. Por Jesucristo, Nuestro Señor. **Amén**

IV. Ritos Finales

Oración por las Vocaciones

Padre de misericordia, que has entregado a tu Hijo por nuestra salvación y nos sostienes continuamente con los dones de tu Espíritu, concédenos comunidades cristianas vivas, fervorosas y alegres, que sean fuentes de vida fraterna y que despierten entre los jóvenes el deseo de consagrarse a Ti y a la evangelización.

Sostenlas en el empeño de proponer a los jóvenes una adecuada catequesis vocacional y caminos de especial consagración. Dales sabiduría para el necesario discernimiento de las vocaciones de modo que en todo brille la grandeza de tu amor misericordioso.

Que María, Madre y educadora de Jesús, interceda por cada una de las comunidades cristianas, para que, hechas fecundas por el Espíritu Santo, sean fuente de auténticas vocaciones al servicio del pueblo santo de Dios. **Amén.**

Presidente: Nos diste Señor el Pan del Cielo.

Asamblea: Que contiene en sí todo deleite

Oremos: Señor Jesucristo, que en este Sacramento admirable nos dejasteis el memorial de tu pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de Tú Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de Tú Redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Bendición con el Santísimo Sacramento



Presidente:

Bendito sea Dios.
Bendito sea su Santo Nombre.
Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.
Bendito sea el Nombre de Jesús.
Bendito sea su Sacratísimo Corazón.
Bendita sea su preciosísima sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito sea el Espíritu Santo, el Consolador
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.
Bendita sea su gloriosa Asunción.
Bendito sea el Nombre de María, Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo Esposo.
Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Se reserva el Santísimo Sacramento y se entona un canto eucarístico para el cierre

Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar
(Martín Calvo)

Canto:



Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar
Y la Virgen concebida sin pecado original
Y la Virgen concebida sin pecado original

El manjar más regalado de este suelo terrenal
Es Jesús Sacramentado, Dios eterno e inmortal
Es Jesús Sacramentado, Dios eterno e inmortal

Celebremos con fe viva este pan angelical
Y la Virgen concebida sin pecado original
Y la Virgen concebida sin pecado original

Es el Dios que da la vida y nació en un portal
De la Virgen concebida sin pecado original
De la Virgen concebida sin pecado original.